

¿Fractura social o fractura nacional?

Las violencias urbanas del otoño de 2005 en Francia

Béatrice Giblin

Béatrice Giblin es geógrafa, profesora de la Universidad de París-VIII-Saint Denis, y miembro del consejo de redacción de la revista Hérodote. Es autora de *La Région, territorios políticos*, Fayard, París, 1990. Este artículo se publicó originalmente en Hérodote 120, 2006.

Los acontecimientos, calificados como violencias urbanas o motines, que se sucedieron durante tres semanas, desde finales de octubre hasta mediados de noviembre de 2005, en alrededor de 300 municipios, han sido percibidos por una mayoría de franceses como una crisis muy grave. Lo que inquieta, pero también indigna, más aún que los diez mil coches incendiados, es la quema de escuelas maternas, de polideportivos, de autobuses, incluido uno con una persona minusválida en su interior, el ataque a un vehículo de bomberos mientras éstos socorrían a alguien y que tuvieran que ser protegidos por la policía para abandonar el inmueble en el que habían intervenido. El factor desencadenante fue la muerte de dos adolescentes, electrocutados cuando se refugiaron en una subestación eléctrica s fin de escapar a un control de la policía. Las llamadas a la calma de su familia no sirvieron de nada.

Lo absurdo de la elección de los objetivos (los coches, como las escuelas, eran los del barrio), ha suscitado una incompreensión real. Sin embargo, los comentaristas frecuentemente han buscado las causas de este comportamiento en la situación social de esta parte de la juventud francesa, mayoritariamente procedente del Magreb y del África negra. Así ha aparecido una «sub-Francia» (juego de palabras oído en la emisora France Culture, en el programa «Todo llega») o, dicho de otra manera, una parte de la sociedad que no habría encontrado su sitio, y las llamas habrían sido la expresión de su cólera frente a esta discriminación.

Pero para una gran mayoría de franceses, esta discriminación no basta para absolver a los amotinados de su responsabilidad. Por otra parte, según los sondeos, el 75% de los franceses aprobaba la firmeza del ministro del Interior, Nicolas Sarkozy, sobre todo las expulsiones de extranjeros pillados en flagrante delito durante los motines, el toque de queda e incluso el estado de emergencia. Otro signo de apoyo a esta política es el fortísimo aumento de las adhesiones a la Unión para un Movimiento Popular (UMP) durante los motines urbanos (*Le Figaro*, 21 de noviembre de 2005). «Pocas veces como en el transcurso de las tres últimas semanas he percibido un desfase tan profundo entre el país virtual, tal y como es descrito en multitud de artículos, y el país real», ha dicho el ministro. La dicotomía de los discursos entre responsables políticos y medios de comunicación o, sobre todo, entre la derecha y la izquierda, acusándose unos a otros de no acercarse a la realidad, es clásica. Para una revista como la nuestra, que trata de captar lo más de cerca posible lo real y sus representaciones, es importante el desafío que plantea esta aparente incompatibilidad entre las dos caras de la realidad. Nuestro método de análisis intenta comprender la complejidad de lo real, concediendo una gran importancia a las rivalidades de los poderes sobre los territorios, es decir, a la dimensión más concreta de los acontecimientos, pero también a la interpretación de estos hechos por los diferentes tipos de actores rivales de esos acontecimientos, es decir, a su dimensión ideológica, la que a menudo es la que hace actuar.

Sobre las características geográficas

Se sabe que los disturbios urbanos han tenido lugar en barrios clasificados como zona urbana sensible (ZUS), en los que se concentra la vivienda social (mayoritariamente viviendas de protección oficial), pero también copropiedades privadas (como los Bosquecillos en Montfermeil), edificados en los años 1960 y 1970. Recordemos que, en su origen, estos «grandes conjuntos urbanísticos» fueron construidos para responder a la urgente necesidad de vivienda de jóvenes familias francesas y, posteriormente, para alojar a los trabajadores inmigrados y sus familias, que en un gran número vivían en chabolas. En esta época el ayuntamiento de Toulouse presentaba «Le Mirail» de la manera siguiente: «Toulouse despega con “Le Mirail”, Toulouse pone a punto para toda Francia un urbanismo vivo a la medida del hombre». Incluso barrios construidos lejos del centro de la ciudad, como la Rosa de los Vientos en Aulnay-sous-Bois (Seine-Saint-Denis, 3.000 viviendas, 17.000 personas, a tres cuartos de hora de la estación en autobús, separado de la ciudad por una carretera nacional muy ancha), en un principio fueron percibidos como un progreso, como una oportunidad para sus habitantes (Bissuel, Blanchard, Hopquin, Rollot y Ternisien, 2005). La rapidez de la construcción también creó situaciones difíciles de gestionar: Venissieux pasó de 20.000 habitantes a cerca de 75.000 entre 1954 y 1964.

Con la marcha de una parte de los primeros inquilinos, estas viviendas se convirtieron poco a poco en el hábitat de los más pobres, principalmente de las familias inmigradas. La situación social es de lo más preocupante: tasas de paro entre las más elevadas, tasas de población extranjera netamente superiores a la media nacional, lo mismo que el porcentaje de menores de 25 años, tasas record de fracaso escolar, delincuencia juvenil y creciente, etc. La proporción de familias que viven de las ayudas sociales (subsidios familiares, Renta Mínima de Inserción, ayuda a la vivienda) también es superior a la media nacional. La imagen de estos grandes conjuntos urbanísticos empezó a degradarse con la llegada de las poblaciones pobres, inmigradas o no, y desde finales de los años 60 se criticaron algunos errores de concepción: su gigantismo, su ubicación en los límites de los términos municipales sin la menor preocupación por los posibles enlaces con el centro preexistente, la falta de transportes, de equipamientos colectivos, de comercios, etc. Con todo, su situación se degradó fuertemente por las consecuencias del *shock* del petróleo de 1973 sobre los empleos de baja calificación.

De «los grandes conjuntos urbanísticos» a los guetos

Las familias obreras, tan abundantes en estas vivienda sociales, fueron así las más afectadas por el paro. Ante las dificultades del empleo obrero, en 1974 el presidente de la República, Valéry Giscard d'Estaing, y el primer ministro, Jacques Chirac, deciden prohibir la entrada de nuevos trabajadores inmigrados, suspenden durante un año la reagrupación familiar y la autorizan de nuevo para los que, instalados en Francia, aún no habían hecho venir a su familia. Se sabe que el cierre de las fronteras es relativo y que el flujo de los trabajadores extranjeros, aunque rebajado, no cesó. Por tal motivo, desde su llegada al poder en 1981, el gobierno de izquierdas decide regularizar a más de 100.000 trabajadores clandestinos e implanta la tarjeta de residencia por una duración de diez años, adoptando así medidas que considera realistas y generosas.

La crisis, por tanto, transformó esos grandes conjuntos urbanísticos, que tenían que ser el futuro del urbanismo moderno, en una trampa para las poblaciones empobrecidas. Jérémy Robine (2004, págs. 134-151) ha analizado el papel de SOS Racismo, a mediados de los años 1980, en la difusión de la palabra «gueto» para definir determinados barrios de la periferia urbana con el objetivo de aumentar su «capital político» sobre los jóvenes que residían en ellos. Posteriormente la palabra fue devaluada y empezó a ser utilizada por todo el mundo.

Se sabe que la situación social de estos barrios, e incluso la de las «ciudades nuevas», se ha degradado con el paro y la llegada de familias extranjeras, cuyos hijos frecuentemente tienen niveles de rendimiento escolar muy bajos. Si no todos los barrios cuya población se encuentra afectada por la crisis social, fueron escenario de violencias urbanas en octubre de 2005, sin embargo el vínculo entre crisis social y motín existe: Clichy-sous-Bois, donde se iniciaron los disturbios, es la localidad más pobre del departamento (rentas fiscales anuales medias en 2000) y se encuentra entre dos de los municipios más acomodados de Seine-Saint-Denis (Le Raincy y Coubron). Igualmente, en la ciudad nueva de Saint-Quentin-en-Yvelines, donde se concentran industrias de alta tecnología y servicios muy eficientes (Dassault, CEA, Bouygues, Decaux), las violencias estallaron en Trappes, antigua ciudad obrera ferroviaria, ¡donde se quemaron 27 autobuses! Trappes está incluida en el perímetro de la ciudad nueva, pero su población es muy diferente de la de los otros municipios, con un 7% de cuadros (alrededor de un 20% de cuadros para el conjunto de la ciudad nueva), un 35% de obreros, y un 51'5% de hogares no sujetos a impuestos (1999). En la Rosa de los Vientos, en Aulnay, donde se habían previsto 40 m² de zonas verdes por vivienda y agradables callejones sin salida al pie de los inmuebles, la inseguridad ha transformado en peligrosas ratoneras esos lugares que habían de ser tranquilos y favorecedores de la convivencia. Sin embargo, una ajustada geografía de los acontecimientos (que es incompleta, pues el número de incidentes reportados por los medios ha bajado poco a poco para no contribuir al efecto de bola de nieve televisivo, que se constató enseguida) también hace que aparezcan singulares zonas de calma, pese a contar con numerosas familias inmigradas: Echirolles, L'Île-d'Abeau, Roubaix, los barrios del norte de Marsella. Es evidente que la crisis social no lo explica todo. Pero, ¿hay que alegrarse por la calma de ciertos barrios? En efecto, se puede plantear la hipótesis de que el control del barrio ejercido por los «camellos» ha favorecido la calma, no teniendo estos últimos el menor interés en la presencia atenta de la policía; una segunda hipótesis tendría que ver con la acción eficaz de grupos religiosos, que han conseguido imponer a los jóvenes una conducta conforme a los preceptos de la religión. Pero también cabría reconocer la acción voluntarista, llevada a cabo desde hace tiempo, de los equipos municipales. En cuanto a la calma de los barrios del norte de Marsella, quizás se explica por varios factores: no se trata realmente de una periferia urbana, aunque estén alejados del centro y más o menos bien comunicados; la tradición municipal, iniciada ya antes de la Segunda Guerra Mundial y aún vigente, es utilizar a los notables de las diferentes comunidades como enlaces y confiarles más o menos la carga de su control; también se puede suponer que ha podido jugar el sentimiento de pertenencia a Marsella, ciudad cosmopolita desde hace mucho tiempo, a menudo desprestigiada por los no marseleses y, como reacción, defendida por sus habitantes.

El papel de los «jóvenes de la ciudad» en la degradación de la imagen de algunas zonas

Evidentemente la concentración de poblaciones jóvenes con grandes dificultades de inserción económica y social favorece problemas de comportamiento (violencia, alcoholismo, delincuencia). A ello se añaden dificultades vinculadas con las tensiones provocadas por el comportamiento de un minoría de entre ellos, los «jóvenes de la ciudad», muy mayoritariamente muchachos (aunque se puede constatar la deriva en la conducta de algunas chicas), bandas que hacen reinar un clima de inseguridad, no solamente al ocupar el espacio público, sino también al controlarlo, porque están permanentemente en la calle. Este clima de inseguridad contribuye fuertemente, y sin duda más que las dificultades económicas y sociales, a la degradación de las condiciones de vida de los habitantes. Contribuye también a agravar la clausura del barrio, puesto que las únicas personas, además de los habitantes, que se aventuran a ir allí son las que trabajan en él. La mayoría de la población de estos barrios sufre la ley impuesta por los «jóvenes de la ciudad». Thomas Sauvadet (2004, págs. 113-133) ha descrito el proceso por el que estos grupos se constituyen y se diferencian de los otros habitantes del barrio y cómo algunos de entre ellos ejercen el poder en el seno de la banda. En parte es su comportamiento el que contribuye a la mala reputación del barrio y el que lleva a los demandantes de vivienda social a rechazar las viviendas que les son propuestas. Las viviendas vacías, la marcha de los que pueden irse, alimentan la imagen, para los que continúan habitando allí, de estar en unos «barrios podridos», de estar encerrados en una especie de guetos, de ser rechazados por los otros, de verse descalificados a la hora de buscar un empleo cuando dan su dirección, etc.

Para cierto número de estos jóvenes, situarse como víctimas es una forma de existir (algunos adoptan la moda de los pantalones sin cinturón y de la pantorrilla al aire, sin siquiera saber que es una evocación de los vestidos y de la cadena de los antiguos presidiarios rebeldes), pero es también el medio para no ser responsables de sus actos, puesto que es culpa de los «otros». Ser víctima proporciona un estatus que se puede preferir al de sus padres, que han hecho «sucios trabajos de inmigrado». ¿No reivindican el ser franceses de una manera completa, al menos en cuanto a los derechos que eso procura? Entonces, ¿por qué tendrían que contentarse con los mismos trabajos que sus padres? Sería una humillación.

Las primeras víctimas de estas bandas son las chicas jóvenes, como Sohane y Charazade, que fueron quemadas vivas, una en Vitry, la otra en Noisy-le-Grand, por no haber querido ceder al deseo de muchachos jóvenes; Samira Bellil ha narrado el infierno de las violaciones colectivas. De estos crímenes, empero, se habla poco en los medios de comunicación, en parte porque las víctimas temen denunciarlos por miedo a las represalias que ellas y sus familias podrían sufrir y en parte por la presión que ejerce una parte de la población, deseosa de silenciar los crímenes de estos jóvenes del barrio. Sin embargo, víctimas son ellas y sus familias, que tienen que abandonar el vecindario, pues, habiendo presentado denuncia, son consideradas como que han traicionado, al «entregar» a uno de los «jóvenes del barrio» a la policía. La pobreza, el paro, la humillación en la escuela no son de ninguna manera circunstancias atenuantes para los autores de estos crímenes. Recordemos que la placa conmemorativa de la muerte de Sohane, con la inscripción: «A la memoria de Sohane, muerta quemada viva, para que chicos y chicas vivan mejor en la igualdad y el respeto. Sohane Benziane, 1984-2002», no pudo ser colocada en un primer intento en el césped al pie de la torre del barrio Balzac, donde vivía la joven, en Vitry-sur-Seine. El

alcalde comunista de Vitry temía que esas tres palabras avivaran las tensiones (durante la reconstrucción por orden judicial de los hechos, Jamal Derrar, de 19 años, que había rociado a Sohane con gasolina, fue aplaudido) y empañaran aún más la imagen de «su» ciudad. Había vecinos que preferían que no se hablara más del asunto para no estigmatizar su barrio, pero también sin duda para evitar las represalias que habrían podido ejercer los compañeros de Jamal Derrar. La placa conmemorativa no fue colocada hasta octubre de 2005.

Un signo inquietante: la degradación de las condiciones de vida de las mujeres

Más en general, la degradación de la condición de vida de las mujeres es preocupante. En unas ciudades empobrecidas y en crisis, el número de jóvenes madres solteras o no, aumenta rápidamente. Una mirada experimentada mide el grado de crisis de un barrio por el número de madres jóvenes con cochecitos de niño, que es inversamente proporcional al de las jóvenes que van a la escuela con su cartera en la espalda, por el número de jóvenes con velo, por la escasa mezcla de los grupos de jóvenes que están en la calle. El aumento del número de los divorcios lleva también al de las «familias monoparentales», o dicho de otra manera, al de las madres que se encuentran solas para educar a sus hijos, lo que no es una tarea fácil.

Además, el paro, la escasa cualificación y el número de hijos son otros tantos factores que limitan el número de madres que trabajan y están en relación con personas externas a la familia, que pueden darles ayuda, consejo, ejemplos a seguir. Adaptarse, cuando se viene de un pueblo o de un barrio, en el que de los niños se hace cargo colectivamente el entorno social, no es cosa fácil. Es muy difícil educar a los niños en una cultura extraña que no se conoce.

Para algunos sociólogos, la mayor frecuencia en el uso del velo, incluso en muchachas muy jóvenes, es señal de un retorno de lo religioso y de la preocupación por preservar unos valores culturales, a los que las familias musulmanas están muy vinculadas. Su concentración demográfica en estos barrios hace que sean muy numerosas para resistir al modelo dominante e incluso que estén en posición de fuerza para obligar a las otras familias, pero sobre todo a las mujeres, a adoptar o a volver a adoptar un comportamiento más conforme con las tradiciones del país de origen. Para algunos hombres en paro, y por este hecho a veces descalificados a los ojos de su entorno, este regreso a los valores tradicionales resulta tanto más imperativo en cuanto que es un medio para recuperar autoridad, por lo menos sobre su mujer y sus hijas, y una dignidad a los ojos del entorno. Esta voluntad de imponer, de defender, de pregonar valores diferentes de los de la sociedad francesa, participa en el reforzamiento del gueto y en las tensiones tanto en el seno del barrio como con el exterior.

Es verdad que la sociedad francesa ha evolucionado considerablemente en el curso de los últimos treinta años, la libertad individual entre otras cosas es mucho más fuerte que en otro tiempo, en particular para las mujeres, cuyo nivel de formación ha aumentado considerablemente y que han adquirido por el trabajo una independencia real. Además, en Francia, en la mayor parte de los medios sociales, incluso en los medios modestos, ya está admitido que los padres se ocupen de sus hijos: esto ya no son «tareas de mujer».

En las familias de tradición comunitaria, la relación con esta libertad individual es más difícil, sobre todo si la imagen del padre está deteriorada por su situación de parado, situado en la incapacidad de aportar un salario. De otra parte, algunas mujeres eligen llevar el velo por convicción religiosa, pero también porque el velo confiere una plaza asignada, por

la que se puede optar para realizarse, sin tener que conquistar o inventar el marco de su existencia. Por el contrario, cuando se sale del espacio que «tu cultura» te asigna, a menudo se encuentra uno atormentado por el temor o por el dolor de ser percibido como traidor. El miedo a traicionar la cultura del medio familiar resalta en numerosas conversaciones con la gente joven que está construyéndose otra, personal, hecha de elecciones y de herencias, de respeto y de transgresiones.

Desde este punto de vista, la endogamia también es un freno a la evolución hacia una sociedad francesa renovada, pero coherente, pues contribuye a esta cerrazón, al cuadrículado de los barrios y al control de las jóvenes. La endogamia no tiene término medio: o se está en el clan o se sale de él. Son planteamientos irreconciliables. Muchas jóvenes se atienen todavía a la prohibición coránica de que una musulmana se case con un no musulmán.

Finalmente, aunque nunca se haya planteado en serio el regreso, puede que no se haya dejado de soñar con él y de hacer soñar a los hijos: muchos jóvenes dicen que sus padres tenían tendencia a disuadirles de que se integraran, porque querían continuar creyendo que la familia iba a regresar. La idea del regreso es fundamental y muchas de estas familias han invertido todo su dinero en la casa de «allí». En cambio, debido a la lejanía geográfica, el proyecto de las familias asiáticas no incluye el regreso, y así invierten más en el ascenso social y económico de los hijos en la sociedad de acogida. Además, los vietnamitas y los chinos del Vietnam que llegaron después de 1975 frecuentemente tenían dinero y pocas esperanzas de regreso, pues huían de su país por razones políticas, no para escapar de la pobreza.

Pero, por ejemplo, ¿cómo habrían podido los argelinos transmitir a sus hijos la voluntad de vivir para siempre en un país al que Argelia había vencido después de una guerra particularmente cruel? Sin embargo, algunos lo han hecho. Más tarde, la guerra civil, a partir de 1992, ha puesto fin a los ideales del regreso, confirmando la imposibilidad de sus hijos de adaptarse al país de sus padres, que ya no es enteramente el suyo.

¿Fractura social o fractura nacional?

Fractura social

La izquierda en su conjunto, pero no solamente ella, ha buscado las causas de estas violencias en la fractura social; esta revuelta expresaría la rabia de ser pobre y, sobre todo, de no poder salir de ahí, porque se es víctima de discriminación tanto en el empleo como en la vivienda. Si bien los responsables socialistas y comunistas no dejaron de precisar que los que habían incendiado escuelas, autobuses, coches tenían que ser sancionados, a renglón seguido añadían que estos comportamientos eran de hecho una llamada para que «se» entienda su sufrimiento.

Así pues, en la izquierda se han preocupado sobre todo de insistir en la fractura social, acusando a todos los que señalaban la intervención de los negros y de los magrebíes de querer «darle sentido étnico» a los acontecimientos; el problema era la miseria y nada más.

Ahora bien, la cuestión es mucho más compleja. La prueba es que no todos los barrios pobres son percibidos de la misma manera. La gran pobreza que hace estragos en los núcleos de la antigua cuenca minera de Nord-Pas-de-Calais no inquieta a mucha gente, salvo a los agentes locales, concejales y responsables económicos y sociales, que se baten por los que podríamos llamar los «indigentes» de la República. Sin embargo, en las antiguas poblaciones mineras hallamos las mismas características económicas y sociales que en los gran-

des conjuntos urbanísticos de la periferia norte de París: bajas rentas, importancia de las ayudas sociales, paro de larga duración, baja cualificación, familia monoparental, fracaso escolar, alcoholismo, aislamiento, lejanía y escasez de medios de transporte, etc. Sin duda la situación es comparable en determinadas zonas del mundo rural: aislamiento, baja cualificación, renta escasa. Pero frente a ellos el silencio es la regla. ¿Este proletariado franco-francés estaría demasiado aplastado por la miseria, desde hace demasiado tiempo, para prender fuego como los «jóvenes de las ciudades»?

La imagen muy negativa de determinados barrios de la periferia y, por lo tanto, de la población que vive en ellos, no es debida solamente a la pobreza, sino también al comportamiento violento y opresivo que bandas de hombres jóvenes hacen recaer sobre la población del barrio, y esto es así desde finales de los años 1970. La partida de los que tienen medios económicos ha contribuido a reducir la mezcla ya no social, sino «étnica». En estos barrios de viviendas sociales, en los que nos encontramos mayoritariamente entre magrebíes o negros, aparece el gueto. Es en este contexto en el que se desarrolla un separatismo territorial, que favorece el proceso de separación respecto de la nación. Ahora bien, desde 1973, estos barrios son objeto de lo que se llamará más tarde la política de la ciudad. En 1976 se crea un Comité de estudio de la violencia, la criminalidad y la justicia y un Fondo de mejora urbana. Así pues, he aquí que hace treinta años que el Estado se preocupa de estos barrios. ¿Cabe hablar de abandono? Sin duda las políticas aplicadas no han sido las más adecuadas o les ha faltado continuidad en el tiempo. Pero ¿cuál sería la situación si no se hubiera emprendido nada? Además, es falso y políticamente peligroso decir que toda la población de estos barrios está en el fracaso, y desde siempre. Que la integración resulta lenta y difícil es un hecho, pero siempre ha sido así. De esta suerte, los actuales cargos representativos, diputados, alcaldes, consejeros generales o regionales de origen polaco, llegados en la época de entreguerras a las cuencas mineras, tuvieron que realizar, también ellos, un lento recorrido de alrededor de cincuenta años entre la llegada de sus padres y sus mandatos de electos. Si estadísticamente el fracaso escolar de los niños de padres inmigrados es superior al de los niños de familias francesas desde hace más tiempo, también es verdad que, en condiciones familiares comparables –padre obrero cualificado, madre inactiva, dos hijos– ocurre una cosa muy distinta. Así, el acceso al bachillerato general es del 20'7% para los niños franceses de «abolengo» y del África negra, del 26'6% para los niños de familia magrebí, del 37'6% para los niños del sudeste asiático y del 12'7% para los niños turcos («Educación y formación», *Le Monde*, 6 de julio de 2005). La movilidad social es progresiva, considerada por algunos demasiado lenta, pero existe. Un estudio sobre la movilidad social realizado entre 1982 y 2004 por Jean-Luc Richard constata una «movilidad profesional ascendente de los hijos de inmigrados», lo que no quiere decir que no haya discriminación en la contratación para el primer empleo y que no sea necesario remediarla, pero también se constata que, una vez superado el obstáculo, la carrera se desarrolla normalmente. Yo, profesora de la Universidad de París-VIII-Saint Denis, puedo decir que el elevado número de estudiantes franceses de origen magrebí es, sin duda, la prueba de este ascenso social en curso. Ciertamente les resulta más difícil que para los nacidos en un medio social favorecido, pero esto seguramente no es nada nuevo. Esta integración se hace sin ruido, lo que también es la señal de su éxito.

Por eso es esencial no alimentar la representación del victimismo, que puede llevar a un cierto fatalismo: habitar en tal barrio y ser musulmán, turco, magrebí o negro sólo puede conducir al fracaso escolar y, por tanto, ir bien en la escuela es la norma de las cosas. Las familias que rechazan este fatalismo han de asumir la dura carga de ayudar a sus hijos en los trabajos escolares y de resistir el acoso de los otros niños: trabajar bien, respetar al profesor ¿no es ser «un payaso»? Trabajar bien, adaptarse a las reglas de la escuela implica, en estas condiciones, asumir el riesgo de ser excluido del grupo, de ser considerado un traidor al grupo, de querer ser más francés que los franceses.

Con el tiempo se hace sentir el desánimo de profesores que se las ven con unas clases difíciles. También se percibe el desánimo de los activistas del mundo asociativo y de los políticos locales. Pese al esfuerzo desplegado y a los medios aplicados, la situación sigue degradándose en el plano económico (las cuantiosas ayudas sociales ayudan a aguantar y la economía paralela ilegal es una fuente de ingresos sustancial para algunas familias) y en el de la integración en la nación.

¿Fractura nacional?

Una parte de estos jóvenes gritan su odio a Francia, porque tienen el sentimiento de que jamás tendrán su lugar en tanto que franceses como los demás. Otros, mucho más numerosos, se interrogan, pero la duda se instala ante las discriminaciones que se intensifican y tienen la impresión de que nunca harán bastante para ser un día franceses de pleno derecho y no solamente en parte y de que, a pesar de sus esfuerzos, corren el riesgo de encontrarse en una situación apenas más envidiable que la de sus padres. Para la inmensa mayoría de ellos, sus padres no han llegado a ser franceses. Además, en el caso de los marroquíes y los argelinos sus respectivos gobiernos han vigilado para que no pidieran la nacionalidad francesa, incluso ejerciendo un control sobre sus nacionales instalados en Francia, para que conserven su nacionalidad. Cuestión de orgullo nacional: ya es difícil admitir que la marcha para trabajar en Francia es una necesidad, también hay que actuar para que esta migración sea temporal. Se sabe lo que ocurrió. Además, en Francia, el Partido Comunista, que era el partido más en contacto con los obreros inmigrados, no animaba a la adquisición de la nacionalidad francesa, percibida entonces como una forma de traición hacia el país recientemente liberado del yugo colonial.

Para los hijos de estos obreros extranjeros no es tan simple llamarse plenamente franceses, sin tener más o menos el sentimiento de traicionar la legitimidad del combate de los padres contra Francia, en particular en el caso de los hijos de padres argelinos. Es verdad que nadie esperaba, ni en Argelia ni en Francia, que la inmigración argelina fuera tan fuerte después de la independencia ni que fuera definitiva para la mayoría de ellos. Ahora, la situación en Argelia es tal que los candidatos a emigrar son aún numerosos. Se puede comprender que en algunos haya cierta dificultad en mostrarse orgullosos de ser franceses, incluso si es evidente que se vive mejor en Francia por múltiples razones. Las discriminaciones son vividas con más amargura y rencor, puesto que algunos de estos hijos e hijas de inmigrados tienen el sentimiento de que ya hacen mucho habiendo elegido Francia.

El orgullo de llamarse francés es tanto más imposible en la medida en que existe un discurso que, desde hace decenios, denigra este sentimiento nacional, considerado ridículo, superado, limitado, o para decirlo todo, hortera, franchute o incluso resueltamente de extrema derecha.

En efecto, como sólo Jean-Marie Le Pen habla aún de la nación, toda referencia a ésta es juzgada sospechosa; es por eso por lo que los hombres políticos prefieren hablar de la República y no de la nación. Pero la República es un sistema político con un conjunto de reglas y de principios democráticos que se encuentra en otros países, diferentes unos de otros. En cambio, la nación es única: es, como lo recuerda Yves Lacoste, una representación geopolítica cargada de valores y de historia que comparten, más allá de sus convicciones políticas contradictorias y de sus desigualdades sociales, un gran número de hombres y de mujeres, y que aparece como una idea-fuerza en periodos de crisis. Así, les guste o no a algunos, el sentimiento nacional subsiste para la gran mayoría de los franceses y no solamente entre los electores de Jean-Marie Le Pen. Entonces, ¿cómo hablar de la nación? ¿Cómo hacer comprender que no es una actitud chauvinista y franchute el hacer referencia a la nación? Sí, la sociedad francesa tiene desigualdades, ¿pero qué sociedad no las tiene? No, no es tan fraterna como su lema lo proclama, pero las ayudas sociales, siempre consideradas insuficientes, sin embargo son excepcionalmente elevadas y es realmente una forma de solidaridad. En cuanto a la libertad, si se reduce para las mujeres y las chicas jóvenes, es sobre todo por la voluntad de ciertos hombres deseosos de controlarlas en nombre de los valores del Islam.

Para una parte de franceses de larga data que viven en uno de estos barrios, o en las cercanías, y que soportan también condiciones de vida que se han degradado justamente debido a una convivencia a veces penosa, la denigración de Francia se vive muy mal, es de alguna manera una ofensa hacia su país, al que se encuentran naturalmente vinculados y al que consideran muy generoso a la vista de todas las ayudas concedidas a los inmigrantes, dado que ellos no tienen mucho más que estos últimos y a veces incluso menos puesto que están fuera de los circuitos de la «economía paralela».

Debido a que sus dificultades vitales no han sido escuchadas ni tomadas en consideración por la izquierda, algunos de los electores en estos barrios se han vuelto hacia la abstención o hacia el voto de extrema derecha, afianzados en los barrios populares desde las elecciones de 1986.

De la responsabilidad, aun parcial, de la izquierda en el afianzamiento del Frente Nacional

Es importante decir que, hasta la crisis de los años 1970, la convivencia en los barrios populares entre familias francesas y familias inmigradas no era tan problemática como ha llegado a ser. Por ejemplo, en Roubaix y en Tourcoing la población de origen magrebí es numerosa desde los años 1960: los obreros argelinos sustituyeron a los obreros del Flandes belga, que han regresaron a su tierra, pues Flandes se industrializa y los salarios ofrecidos allí son en ese momento más elevados que en las fábricas textiles de la metrópolis del norte (Giblin, 1990). Sin embargo, las tensiones entre los jóvenes de las familias inmigradas comienzan a finales de los años 1970, con el aumento de la inseguridad (Alidières, 2004). Es verdad que ésta tiene que ver con el aumento del paro, pero no todas las zonas de la región muy afectadas por el paro se convierten por eso mismo en zonas de fuerte delincuencia (por ejemplo, el Calais o el oeste de la cuenca minera, donde la población inmigrada es muy escasa, o incluso inexistente en esta época, como en Calais). Por lo demás, es destacable que allí donde la delincuencia es reducida, los resultados del Frente Nacional lo son también. Así, más que el paro, es la degradación de las condiciones de vida vinculada a la inse-

guridad y el hecho de no ser escuchados por sus representantes políticos de izquierda, lo que ha llevado a una parte del electorado obrero de izquierdas a refugiarse bien sea en la abstención o en el voto al Frente Nacional.

Recordemos que, a partir de 1976, las encuestas muestran el muy notable ascenso de la inquietud de los franceses en relación con la violencia y la inseguridad, ampliada desde el verano de 1981 con las carreras y los incendios de coches de los jóvenes de Minguettes. En 1982, el informe Bonnemaison esboza la puesta en marcha de una política de prevención/represión. Pero la «gente» de izquierdas está generalmente convencida de que todo se ventila en la prevención, por lo que se puso el acento en la prevención social y el tratamiento de las causas de la delincuencia. Sin embargo, esta política exigía importantes medios humanos y financieros a largo plazo, lo que no fue sido el caso. La represión es una actitud que se considera de derechas y, como se constata que esta delincuencia se desarrolla entre los jóvenes procedentes de la inmigración, sobre todo no hay que estigmatizar a los «inmigrados», a los que se considera pobres entre los pobres. Sin duda, juega aquí la inquietud de no tener una actitud que pudiera ser juzgada como «colonialista», tanto más cuanto que, en algunas ciudades, esta delincuencia es mayoritariamente asunto de jóvenes magrebíes. Téngase en cuenta que los socialistas estaban especialmente deseosos de mostrarse ejemplares respecto a los argelinos, pues no olvidan la responsabilidad de François Mitterrand y de Guy Mollet en el desencadenamiento de la guerra de Argelia.

Después, la penetración y el afianzamiento del Frente Nacional en los barrios populares han hecho vacilar las convicciones de los electos locales, a veces incluso desanimados por la continua degradación de la situación y confrontados a un aumento de las prácticas ilegales (tráficos de todo género y sobre todo de cannabis, medio para mejorar los ingresos habituales, considerados insuficientes), generalmente entre los jóvenes salidos de la inmigración. Sin embargo, para algunos en la izquierda, esta manera ilegal de vivir podía justificarse por el hecho de la pobreza de las familias, una especie de plan B para salir de ella, llegando incluso a decir que convertirse en traficante es reencontrar el sentido del honor, pues el «camello» es objeto de consideración, de prestigio, ya que es respetado (Duprez, 2002). Si, por buenos sentimientos y por la preocupación de no parecer darle la razón a Jean-Marie Le Pen, la pronunciada actividad delictiva de una minoría de jóvenes franceses salidos de la inmigración ha sido silenciada, sin embargo era perfectamente conocida por los habitantes de los barrios. Entre estos fieles electores de la izquierda, son numerosos los que han perdido poco a poco la confianza en sus representantes, incapaces de mejorar sus condiciones de vida y que, a propósito de actos de delincuencia muy reales, hablaban de fantasmas o demostraban que la criminalidad bajaba, lo que era verdad en relación con la gran criminalidad, pero falso para los tirones y otros robos, de los que los habitantes de los barrios pobres eran las primeras víctimas. Ahora bien, se les explicaba que las víctimas de verdad eran esos jóvenes que les amargaban la vida.

La otra consecuencia negativa de este discurso, que se pretende generoso, es la estigmatización gradual no de los jóvenes delincuentes, sino del conjunto de los jóvenes magrebíes y negros, salidos de estos barrios o no, por una parte cada vez más amplia de la población. Este movimiento de rechazo también fue inducido por el contexto internacional, con el impacto del terrorismo en el este de Lyon (Chignier-Riboulon, 1996) y el islamismo argelino (atentados en el tren RER B en julio de 1995). También la discriminación en la con-

tratación laboral, sin duda ya presente, se ha agravado muchísimo: no todos eran culpables, pero casi todos fueron rechazados. Es entonces cuando se refuerzan el sentimiento de pertenencia territorial, el rechazo de las instituciones (la escuela entre otras), y el sentimiento de injusticia, siendo los pobres, sobre todo magrebíes o negros, más severamente juzgados que los delincuentes ricos (es el tiempo de los «casos» relacionados con la financiación de los partidos y algunos políticos): «¡Hay rabia, hay odio!». En 1997, Jean-Pierre Chevènement, ministro del Interior del gobierno Jospin, habla de los «salvajes» y sitúa la seguridad en el primer rango de las libertades. La creación de una policía de proximidad no ha tenido tiempo de producir sus efectos y, además, los policías que tenían esa responsabilidad no se beneficiaban de las mismas expectativas profesionales o de las primas que, por ejemplo, la Brigada anticriminal (la BAC). Además, los mediadores, que tenían como misión mejorar las relaciones entre los «jóvenes de la ciudad» y el resto de la población, dan la impresión de existir más por la voluntad de crear empleos que para mediar en las situaciones conflictivas. A veces aparecían como mediadores jóvenes a los que no se les había dado formación, jóvenes que no eran en absoluto idóneos para esta tarea, incluso «camellos».

Sin embargo, existen mediadores «naturales» (comerciantes del barrio, madres de familia movilizadas en asociaciones), sobre los que sin duda habría sido preferible apoyarse. La puesta en marcha de estos dispositivos exige dinero y tiempo, si se quieren obtener resultados, es decir, un trabajo a largo plazo y no solamente al ritmo de los mandatos electorales.

En el tema de la inmigración, el Partido Socialista rehén de la extrema izquierda

Los militantes del Partido Socialista siguen marcados por el fracaso de su candidato Lionel Jospin en las elecciones presidenciales de 2002. Los buenos resultados en la primera vuelta de los dos partidos de la extrema izquierda, Lucha Obrera y Liga Comunista Revolucionaria, llevaron a numerosos militantes, pero también a algunos altos responsables del Partido Socialista, a pensar que Lionel Jospin habría sido castigado por su política económica demasiado realista, excesivamente respetuosa con los imperativos del liberalismo europeo, en una palabra, que no se distinguía lo suficiente de una política de derechas, pese a la implantación de la cobertura universal por enfermedad (CMU), de los empleos jóvenes, de la policía de proximidad, etc.

Muchos críticos intelectuales de izquierdas recomendaron a los socialistas hacer examen de conciencia, analizar «sin complacencia» las razones de su vergonzoso fracaso. Convencidos de que con un discurso más «de izquierdas» podrían reconquistar su electorado, algunos dirigentes, como Henri Emmanuelli y, de manera más inesperada, Laurent Fabius, radicalizaron su discurso. Ya se sabe, Laurent Fabius aspira a la presidencia de la República y, para conseguirlo, retoma la estrategia mitterrandiana de concentración de la izquierda en torno al Partido Socialista, por lo que debe presentarse como un «verdadero» hombre de izquierdas. Pero evidentemente tiene dificultades para convencer a sus socios de la sinceridad de su discurso, a la vista de la política que llevó a cabo cuando era ministro de Economía y Hacienda. Por lo demás, este posicionamiento más a la izquierda tampoco parece convencer a los franceses en general, a juzgar por los sondeos, que le situaban en el último lugar entre los presidenciables socialistas.

Las violencias de noviembre de 2005 permitieron al conjunto de los partidos de izquierda denunciar los catastróficos efectos de la política, calificada de ultraliberal, del

gobierno de Villepin / Sarkozy. La ocasión era demasiado buena e imprevista, e incluso inesperada: todos unidos para defender a las víctimas del ultraliberalismo y movilizarse contra la «ruptura» social, una expresión a partir de ese momento cara a Laurent Fabius, y que es la versión de izquierdas de la *fractura social* del presidente de la República.

Sin embargo, se sabe que casi el 75% de los franceses aprobaron la firmeza del ministro del Interior y, entre ellos, hay seguramente electores de izquierda, que no por ello se han convertido en seguidores de Nicolas Sarkozy. En realidad, ¿por qué, a un responsable socialista de nivel nacional, le parece imposible reconocer públicamente que esos amotinados son responsables de sus actos y no solamente víctimas de discriminaciones? No obstante, eso es lo que les dicen claramente los alcaldes socialistas de los ayuntamientos afectados por los sucesos del otoño último. Pegados al terreno y a sus electores, conocen sus dificultades y miden los efectos devastadores sobre su electorado de estas violencias urbanas.

Malek Boutih, secretario nacional del Partido Socialista encargado de las cuestiones sociales, ha comprendido rápidamente que era más que inoportuno, a los ojos de los dirigentes de su Partido, abordar abiertamente algunos de los problemas que plantea la inmigración. En efecto, su informe presentado a finales de abril de 2005, «Por una nueva política de inmigración», solicitado por la Ejecutiva Nacional del Partido Socialista para animar la reflexión sobre el proyecto socialista para las presidenciales de 2007, fue considerado suficientemente embarazoso para dejarlo rápidamente en un cajón en espera de días mejores o más propicios para un debate. Recordemos que la campaña electoral para el referéndum sobre la Constitución europea estaba entonces en su apogeo y que los sondeos anunciaban la victoria del «no». Los responsables del Partido, partidarios del «sí», creyeron que era mejor no agitar la cuestión de la inmigración, que no dejaría de ser utilizada por los militantes de la izquierda partidarios del «no». Como así fue.

En dicho informe, Malek Boutih se atrevía a decir que la inmigración tenía que estar organizada en función de las necesidades del país, hablaba de «cuotas» y avanzaba algunas propuestas, entre ellas ésta: «Los nuevos inmigrados, en el momento de la entrega de su documento de residencia, deberán prestar juramento de respeto a las leyes de la República, a la laicidad y a la igualdad hombre-mujer». Su objetivo era pensar una política de inmigración para luchar contra las discriminaciones raciales y aunque el texto no lo dice claramente, para preservar los valores y la unidad de la nación. Fue esta preocupación por pensar una política de inmigración con la voluntad de preservar a la nación, lo que provocaría el ataque frontal de la izquierda radical.

El informe, mantenido en secreto, sin embargo es rápidamente conocido y criticado ferozmente en el semanario *Les Inrockuptibles* (con fecha del 4 al 9 de mayo) por Jade Lindgaard, que acusa a Malek Boutih de asumir las propuestas del Frente Nacional, puesto que, para esta izquierda radical, querer preservar los valores de la nación es ser un lepenista. Crítica de la que se alegra inmediatamente el periódico del Frente Nacional *Français d'abord*, en su edición del 13 de mayo de 2005, que recoge a su aire las afirmaciones de la periodista de *Les Inrockuptibles*, sin tan siquiera quizás haberse preocupado de leer el informe, que no es puesto on-line hasta el día 25 de mayo de 2005 en la página web www.oumma.com. Vincent Geisser, politólogo, firma un artículo titulado: «Malek Le Pen o Jean-Marie Bouith. Inmigración: el secretario nacional del Partido Socialista se va al “frente”». Precisemos que este politólogo se ha atribuido el papel de perdonavidas de los islamófobos y de defensor

de la causa de los franceses de origen magrebí. También denuncia a aquellas personas, y nosotros estamos entre ellas, que se atreven a establecer un vínculo entre la delincuencia de una minoría de jóvenes magrebíes (Alidières, 2004) y la subida del voto del Frente Nacional. Repitamos una vez más que el silencio sobre esta inseguridad, e incluso su negación por una izquierda preocupada ante todo de no ser acusada de racismo, ha permitido al Frente Nacional afianzarse en los barrios más afectados por ella, es decir, en los barrios populares. Y ha contribuido así a permitir la discriminación de toda la población magrebí, francesa o no. Decirlo lleva a ser acusado inmediatamente por la izquierda de deriva derechista, de racismo, e incluso de populismo.

En estos artículos de Jade Lindgaard y de Vincent Geisser contra el informe de Malek Boutih, se incluyen algunas citas que se alegan como prueba de que se trata de un plagio del programa de Le Pen: «*Es imprescindible abandonar la mera relación humanitaria y caritativa con la inmigración*», omitiendo la continuación de la frase: «demostrando claramente que una política de izquierdas puede conjugar respeto a los derechos humanos, respeto a los intereses de nuestro país y respeto a los países origen de la emigración. Nuestro objetivo es convencer a la opinión pública de que la inmigración es una aportación esencial para Francia, cuando está verdaderamente controlada y organizada. Si la batalla moral contra la extrema derecha es indispensable, no basta para aportar respuestas concretas a las dificultades que aparecen en nuestra sociedad. *Negarse a abordar la inmigración en todas sus facetas lleva finalmente a quedarse en el terreno moral, por falta de apoyo en lo real.* Así es como la extrema derecha continúa prosperando sobre este tema, vivido en la opinión pública como un tabú político».

Jade Lindgaard sólo cita el pasaje en cursiva, con este comentario: «Así pues, resulta que el combate por los derechos humanos no pertenece al orden de lo realista, de lo posible. Confesión que se parece a una magistral blasfemia por parte de un antiguo presidente de SOS Racismo». Confesión, blasfemia, he aquí un vocabulario que juega a fondo sobre la culpabilidad, práctica habitual entre los censores de la izquierda radical: acusar, denunciar sin argumentar, puesto que no es cuestión, en absoluto, de preguntarse por las razones del temprano afianzamiento del voto al Frente Nacional en los barrios populares, en los que, sin embargo, como en las ciudades de Roubaix y Tourcoing, obreros argelinos y franceses han convivido durante más de diez años.

¿Acaso esta gente de la izquierda pura y dura comparte la falsa idea de que estos «pobres» no tienen un nivel cultural suficiente para resistir, como ellos saben hacerlo tan bien, a las sirenas del Frente, a la famosa «lepenización» de los espíritus?

Vincent Geisser asume él mismo una postura moral, puesto que opone el «realismo securitario» de Malek Boutih a la «moral humanitaria», de la que la izquierda real sería garante: ¡decir el bien y el mal, gran programa! Hablando del intento de Malek Boutih de promover una forma de realismo político, añade pérfidamente: «más exactamente, una *realpolitik* aplicada a la inmigración». Con el empleo del término alemán, Vincent Geisser quiere sugerir alguna derivación autoritaria e inmoral, puesto que este término, acuñado por Bismarck, es el equivalente de la «razón de Estado» y, como todo el mundo sabe, la razón de Estado permitiría justificarlo todo, incluyendo lo que no debería serlo. Así pues, encontramos bien perfilada esta actitud moral tan del gusto de la izquierda radical, que prescinde de debatir y argumentar. El proceso continúa con la supuesta deriva nacionalista de Malek Bou-

tih, «como lo prueba que no entone su *mea culpa* securitaria, eligiendo dar la espalda definitivamente a sus ideales humanistas y universalistas en pro de un nacionalismo estrecho que algunos calificarán de “hasta-el-boutihismo”». Malek Boutih es acusado de ir a parar a la «galaxia de la derecha nacionalista dura» y de haber abandonado «la izquierda humanista».

En cuanto a su análisis comparativo tratando de probar que las propuestas de Malek Boutih son un plagio de las de Jean-Marie Le Pen, es de una mala fe total. Un ejemplo.

A propósito de la supresión y de la limitación de la reagrupación familiar, del párrafo del informe Boutih: «Las candidaturas podrán formularse a título individual o en familia, los candidatos seleccionados podrán instalarse con sus familias o, según su elección, hacerlas venir después de su instalación. Los candidatos solteros tendrán derecho a un permiso de residencia para su futuro esposo o esposa. Ya no habrá reagrupación familiar automática», sólo cita en su artículo esta última frase y la pone en paralelo con la propuesta de Le Pen, que es la siguiente: «La reagrupación familiar es, todavía hoy, responsable de que haya decenas de millares de mujeres, niños o familiares de trabajadores extranjeros presentes en Francia: es imperativo suprimir estas disposiciones. La reagrupación familiar debe hacerse en el país de origen».

El objetivo de este ataque es desacreditar al Partido Socialista, estigmatizado por su «ceguera moral y electoral» hasta el punto de ver a su consejo nacional acusado de haberse «claramente pasado de la raya... Ninguna voz entre los líderes nacionales ha denunciado aún esta deriva. Quien calla otorga. Pero más aún: es un hecho sintomático de la profunda crisis moral por la que atraviesa hoy el Partido Socialista en su conjunto y que podría transformarse en los próximos meses en crisis política y electoral».

Así pues, ¿a qué crisis política y electoral nos exponemos? Un voto masivo de tipo favorable a la seguridad pública es posible en 2007 (los franceses, según los sondeos, no obedecen a las exhortaciones morales de esta izquierda bienpensante), voto que podría tener consecuencias políticas y culturales duraderas: la «raya» podría ser franqueada más seguramente sin un presidente socialista. Curiosamente, los ataques de esta izquierda radical están centrados casi exclusivamente en el Partido Socialista. Como si las rivalidades entre fuerzas de izquierda les condujeran a una especie de emulación para afirmarse en el discurso más a la izquierda.

Nicolas Sarkozy juega la carta del discurso sin tabúes, dando a entender que él sabe lo que piensa el país, en particular la «gente» que habita en esos barrios degradados. Está interesado en el modelo anglosajón, que, desde los años 1970, ha optado por la videovigilancia y después, más tarde, por las sanciones pecuniarias e incluso la cárcel para las familias, a fin de que sean más responsables de sus hijos. Pero, sobre todo, los británicos han tomado la opción de confiar a los líderes de la comunidad, religiosa o no, la gestión de los problemas de dicha comunidad y de mantener el orden en ella. La apuesta no es tratar de hacer vivir juntos en un mismo territorio a los miembros de una nación británica, sino de hacer vivir juntos, uno al lado del otro, sin demasiados choques, a grupos con culturas muy diferentes, y cada uno en su propio territorio. Es verdad que este «modelo» se vio seriamente socavado con los atentados del 7 de julio de 2005 en Londres, perpetrados por jóvenes británicos nacidos y/o educados en Inglaterra, y por los disturbios raciales que enfrentaron a la comunidad paquistaní con la comunidad antillana en octubre de 2005.

Este no es aún el caso en Francia, pero se apunta a ello si se cede la autoridad a los jefes de las comunidades en nombre del respeto a su cultura y a sus preceptos religiosos. La manera como la prensa británica y americana han dado cuenta de los acontecimientos del mes de noviembre es en este sentido muy reveladora: ¡fracaso del modelo francés de integración! Por eso es por lo que es tan estratégico trabajar en la reducción de los guetos. El derribo de inmuebles es un medio para reducir la densidad de estos barrios, pero esto no será suficiente. La lucha contra las discriminaciones injustas e ilegales es una prioridad, y a ello se dedica el Comité de lucha contra las discriminaciones, que preside Louis Schweitzer. En diez años la situación ha empeorado muchísimo, hay efectivamente una etnicización de los territorios y de las mentalidades y un agravamiento de las discriminaciones. Una cosa refuerza a la otra, de suerte que se hace el juego a la vez a los extremistas políticos y a los extremistas religiosos. Y eso amenaza a más o menos largo plazo las bases de la unidad nacional ■

□ Traducción de Rafael Tomás



Referencias bibliográficas

- ALDIÈRES B., «Ancien et nouveau territoires du vote Front national: le cas du Nord- Pas-de-Calais», *Hérodote*, n° 113, La Découverte, Paris, 2004, págs. 48-67.
- BISSUEL B., BLANCHARDS S., HOPQUIN B., ROLLOT C. y TERNISSE X., «Du paradis au ghetto: l'histoire de la Rose-des-Vents», *Le Monde*, 18 de noviembre de 2005.
- CHIGNIER-RIBOULON F., «Exclusion sociale ou exclusion nationale? L'affaire Kelkal en banlieue est de Lyon», *Hérodote*, n° 80, La Découverte, Paris, 1996, págs. 83-103.
- DUPREZ D., LECLERC-OLIVÉ M. y PINET M., «Vivre ensemble. La diversité des quartiers "sensibles" à l'épreuve de la vie quotidienne», CNRS, Lille, 1996 (convenção CNAF, pp. 94-415. Encuesta realizada en colaboración con el INSEE. Con la participación de Christophe Bouquet y Catherine Negroni).
- GEISSER V., «Jean-Marie Boutih, Malek Le Pen. Le responsable socialiste monte au front», www.ourmma.com.
- GIBLIN B., *La Région, territoires politiques. Le cas du Nord-Pas-de-Calais*, Fayard, Paris, 1990.
- LACOSTE Y., *Vive la nation*, Fayard, Paris, 1997.
- LINDGAARD J., «Le rapport secret du PS: Malek Boutih classé X», en *Les Inrockuptibles*, 4-9 de mayo de 2005.
- ROBINE J., «SOS Racisme et les "ghettos des banlieues": construction et utilisation d'une représentation», *Hérodote*, n° 113, La Découverte, Paris, 2004, págs. 134-151.
- SAUWADET T., «Jeunes de la cité» et contrôle du territoire: le cas d'une cité de la banlieue parisienne», *Hérodote*, n° 113, La Découverte, Paris, 2004, págs. 113-133.

